

Certamen de relato breve
Solidaridad Obrera
2003 - 2007

*Un metro de
trescientas cincuenta
palabras*



Un metro de trescientas cincuenta palabras I

Relatos sobre el metro premiados entre los años 2003 y 2007 en el Certamen de relato breve organizado por la Sección Sindical de SOLIDARIDAD OBRERA en el Metro de Madrid
2003 - 2007

Relatos para leer en el metro...

Presentación

Este es el primer volumen dedicado a la edición de los premios del Certamen de Relato Breve que la Sección Sindical de Solidaridad Obrera de Metro de Madrid organiza anualmente. Concretamente está dedicado a lo acontecido entre los años 2003 y 2007.

Durante estos cinco años, podríamos tomar los relatos presentados como la biblioteca que el capitán Nemo dispuso en el Nautilus (Julio Verne, 20.000 leguas de viaje submarino, 1870). Esta la componían 12.000 libros. La nuestra, un número de más del doble de palabras. Y como la seleccionada por Julio Verne para su capitán, a través de vuestros relatos mantendremos un vínculo irreversible.

Créditos:

Edita:
Confederación Sindical Solidaridad Obrera
C/ Espoz y Mina 15
28012 Madrid

<http://www.solidaridadobrera.org>
soliobrera@gmail.com

Fecha de edición: mayo de 2008

ISBN: 978-84-612-4112-5

Edición digital: Carretro

Está permitida la reproducción total o parcial de esta obra y su difusión telemática o por cualquier otro medio, siempre que no sea con fines de lucro.

Dedicatoria:

A todos aquellos que luchan por la libertad

Cita:

Cuando tengas algo que decir, dilo, cuando no también.
Escribe siempre.
Augusto Monterroso



Presentación

Un caleidoscopio es un tubo ennegrecido interiormente, que encierra dos o más espejos inclinados y en un extremo dos láminas de vidrio, entre las cuales hay varios objetos de forma irregular, cuyas imágenes se ven multiplicadas simétricamente al ir volteando el tubo, a la vez que se mira por el extremo opuesto...

Como el metro, como los viajeros y sus palabras, sus miradas y sus pasos. Como este certamen de relatos.

El metro-caleidoscopio nos desvela su significado en el movimiento. El metro es un espacio en movimiento, que podemos medir o sentir, que es lo mismo, con el paso de las historias que viven en él.

Este certamen, "Un metro de 350 palabras", también podríamos haberle llamado "Un metro de cien historias distintas". Con un nombre u otro, desde la Confederación Sindical SOLIDARIDAD OBRERA, concedores de los avatares vividos por aquel os seis personajes de Pirandello, nos comprometimos hace cinco años a encontrar escritores para esas historias.

Al igual que Juan Goytisolo (Paisajes después de la batalla, 1982) escribe sobre su París, en nuestro Madrid los trayectos se bifurcan en muchos y señalados lugares. El metro de Madrid, como el del París de Goytisolo, es un espacio en el que se inscribe un ajetreo diario, vasto y rico en posibilidades, con ramificaciones, encrucijadas, pasajes, trayectos de una sola dirección, desvíos, parábolas, medias vueltas, trayectorias elípticas. Examinar el plano del metro, a pesar del brutal cambio que nos ha provocado el nuevo plano o mapa, es –siguiendo a Juan Goytisolo-ceder al recuerdo, la evasión, el desvarío; abrirse a la utopía, la ficción, la fábula.

El plano del metro es el mapa de la geografía de los viajes de unos seres singulares I amados urbanitas, que para este certamen nos recuerdan a los navegantes del mar de las palabras congeladas del que nos habló Rabelais (Pantagruel, 1532). Durante el invierno, en ese mar se hielan todas las palabras y los sonidos. Al llegar la serenidad y la dulzura de la primavera, las

palabras comienzan a derretirse y, entonces, pueden oírse conversaciones, discursos, cartas de amor, retos, plegarias, silbidos, abrazos, besos, risas, lágrimas, sueños... Los viajeros disfrutaban al recoger las palabras que se habían congelado y tienen la fortuna de escribir todas las historias de que sean capaces.

Tejedoras y tejedores de historias, marinos metropolitanos, geógrafos de los viajes del metro:
¡Gracias por salvar tantas palabras!

Durante estos cinco años, podríamos tomar los relatos presentados como la biblioteca que el capitán Nemo dispuso en el Nautilus (Julio Verne, 20.000 leguas de viaje submarino, 1870). Esta la componían 12.000 libros. La nuestra, un número de más del doble de palabras. Y como la seleccionada por Julio Verne para su capitán, a través de vuestros relatos mantendremos un vínculo irreversible.

¡Gracias por siempre!



Nota editorial

Cada año, al leer los relatos percibimos en muchos de ellos la ilusión y la pasión de escribir.

Sentimos como para algunos, quizá, era vuestro primer relato, o la primera vez que os atrevíais a darlo a leer a unos ajenos. Y como otros estáis avanzando en este oficio de fundidor de palabras.

¡Gracias, otra vez! Para el sindicato SOLIDARIDAD OBRERA, como organizador de este certamen, uno de nuestros objetivos es que la escritura contribuya para que se muestre ese mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones.

También queremos agradecer a las amigas y los amigos de la librería TRAFICANTES DE SUEÑOS su compañía solidaria desde el año 2003, primero en la calle de Hortaleza y luego aquí, en esta calle de los Embajadores; de nuevo, una palabra sobre viajes y lugares. Los librereros hacéis posible el acceso a los libros, a descubrirlos, a leerlos, a tocarlos, a oírlos, a olerlos. Amigas y amigos traficantes de sueños: todos los relatos tejidos con las palabras que deambulan por el metro pasan por vuestra librería. ¡Gracias!

¡Salud y anarquía!

Año 2003



Primer premio

Autor: Juan Carlos Galera

Línea 3

Sólo me pasa en Sol, en la línea 3, da igual que esté con mis padres para ir a la Plaza de Castilla o con el equipo de fútbol para ir a cualquier otro sitio, siempre es en la línea 3, en Sol. Cuando estoy con mis padres no sé si agarrarme fuertemente a sus manos o si sentarme pegado a la pared. Si me agarro a sus manos acaban enfadados conmigo. Pero niño, deja de tirarte al suelo y de acercarte tanto al borde, que te vas a caer a la vía. Si me siento en el suelo pegado a la pared se enfadan. Pareces un vagabundo ahí, alguien que esté sentado en el suelo y haga esas cosas tan raras.

Pero tengo que hacerlo, el andén está inclinado hacia la vía y yo me resbalo hacia ella, no puedo hacer nada por evitarlo, la gente parece no darse cuenta y temo que algún día mis padres se cansen y me suelten las manos, porque no me atrevo a decirles lo que pasa, el andén se inclina cada vez más y ellos, igual que toda la gente que está esperando el tren, no se enteran. No puedo contar como aquel señor se resbalaba hacia la vía mientras se intentaba agarrar con todas sus fuerzas a las ranuras entre las baldosas, dejándose las uñas en el suelo, para acabar cayendo. Nadie se dio cuenta, así que yo hice como si no hubiera visto lo sucedido. Quizá fue esto lo que pensó todo el mundo: si nadie dice nada mejor que me quede callado y así, no ha pasado nada. Lo raro fue que nadie sufrió un sobresalto o cambió la expresión de su cara, alguien debería haber

mostrado una mueca de miedo o de sorpresa, pero ni siquiera el conductor del tren que entraba en la estación en el mismo momento en que el señor caía a la vía, pareció ver algo raro.

He visto caer a varias personas y siempre es igual, no gritan, nadie ve nada raro y yo pego la espalda a la pared y empujo con las piernas hacia atrás, pues me resbalo y mi cara de terror la tiene que ver alguien, por lo menos mis padres, pero no. Niño deja de hacer el tonto y levántate que ya viene el tren.

Ahora estoy sentado con el equipo de fútbol, todos en el suelo, pegados a la pared. Por fin parece que alguien se ha dado cuenta de lo inclinado que está el andén y me decido a contarles lo que pasa en esta estación y todo lo que he visto aquí.

Parece que ellos no ven lo mismo que yo. Al principio escuchaban con interés y creía que me comprendían, pero cuando han empezado a darse codazos y a sonreírse entre ellos, me he dado cuenta de que no lo entienden. Así que cuando el andén se ha empezado a inclinar cada vez más y yo a escurrirme hacia la vía he decidido no oponer resistencia y dejarme caer.

Espero que me echen en falta y les cuenten a mis padres lo que va a pasar y así comprendan mi actitud cuando estábamos en este andén.

Poco a poco me deslizo y estoy al borde del andén cuando el tren aparece en la estación. Suavemente caigo a la vía y todavía me extraño de no oír exclamaciones o gritos, nadie ve nada, de pronto todo se vuelve negro.

Puedo abrir los ojos, no veo nada, pero poco a poco se va haciendo la claridad y si miro hacia abajo empieza a tomar forma el tren que me debió de atropellar, también veo como mis amigos, sentados en el andén, continúan riendo y charlando cómo si no hubiera un tren enfrente de ellos. Les grito con todas mis fuerzas para que, por lo menos suban al tren, que se les va a hacer tarde, pero no me oyen.

Sin hacer ningún movimiento me veo impulsado hacia el túnel, voy pegado a la bóveda, no vuelo, es como si el inmenso espacio negro que hay ante mí se desplazara por debajo mostrándome las vías, algún que otro tren que pasa por ellas y una estación abandonada. Al pasar por ésta, siento un miedo terrible, que ya no me abandonará hasta llegar a una nave enorme, en ella se acaba el túnel, pero por los lados se extiende hasta el infinito. No hay ninguna ventana ni abertura por ningún sitio, pero hay luz natural, sí, se ve la luz del sol, pero no se ve por dónde entra. Hay multitud de trenes antiquísimos abandonados, algunos son de vapor y lo que me causa más terror es el espacio que hay debajo de las vías.

Están colocadas sobre traviesas de madera, pero las traviesas están en el aire, por debajo un espacio sin fin y completamente oscuro. Intento desesperadamente darme la vuelta y cuando me doy cuenta de que no voy a poder, la fuerza que me trajo hasta aquí decide que ya está bien y hace que la nave dé un giro de 180 grados. Así que me veo de regreso al túnel, a la estación abandonada, que ahora me provoca un gran alivio y por fin a Sol, a la línea tres.

A lo lejos veo la claridad de la estación, el tren, que seguro que es el mismo que me atropelló y veo a mis amigos que siguen sentados. Cuando salgo de la oscuridad vuelvo a recuperar la movilidad voluntaria y me voy a ocupar mi sitio entre mis amigos, bien pegadito a la pared. Entonces nos ponemos todos de pie, se abren las puertas del tren, nos montamos en él y emprendemos un viaje que ya hemos hecho un montón de veces.



Segundo premio

Autor: Policarpo González Sánchez (Enol)

Lucía

Ella estaba tendida en la vía y yo entraba en la estación conduciendo el tren 2. La había visto muchas mañanas, siempre sentada al final del andén II de Ópera, pero reconozco que apenas me había fijado en ella. Me dijo que le gustaba viajar a esa hora tan temprana, sobre todo en domingo, porque entonces era más hermoso, olía distinto, y hasta le sonaba a jazz. Le gustaba imaginar que a esa hora, sólo unos minutos después de las seis, todo estaba todavía en su sitio y cobraba vida con el paso de mi tren.

Para ella el primer viaje era diferente a los otros viajes. Se encontraba a algunos viajeros que esperaban el tren para regresar a su casa, cansados, casi dormidos, todavía dando vueltas alrededor de los castillos de arena que dejaron sobre la barra de algún bar, junto a compañeros desconocidos con los que todas las noches intentaban abrirle una ventana a la vida. Me contó que cambiaba varias veces de asiento sólo para mirar sus caras, entretenida en la adivinanza de sus sueños, de sus brindis y del dolor de sus resacas.

Por eso, en el metro nunca se había sentido sola, hasta ayer, cuando no apareció el señor de la maleta de color amarillo que le ayudaba a sonreír por primera vez cada mañana. Bueno, a ella, a mí y a todos los que le veíamos, aunque no le echásemos de menos.

Con un beso me hizo prometerla que le ayudaría a pasar el pequeño rato que le quedaba por aquí. Se lo prometí, señor juez. La sujetamos como buenamente pudimos entre varios viajeros y yo, y la sentamos en un asiento del primer coche.

Al llegar a la estación de Goya, todavía tuvo fuerzas para pedirnos que mirásemos al hombre del abrigo verde que, como todas las mañanas, estaría tumbado en el último banco del andén, intentando dormir los únicos minutos tranquilos del día.

Se llamaba Lucía, y le aseguro que tenía una sonrisa como alas de aire.



Tercer premio

Autor: José García Cea

El lenguaje del progreso

BAJA AL ANDÉN HAY UN VIAJERO INDISPUESTO. Somos un grupo de letras, formando un mensaje, que después de ser pronunciadas, sin más dilación nos lanzamos por el micrófono, y comenzamos un viaje, a velocidades insospechadas; adelantamos a los trenes más rápidos, y sólo nos supera la luz que no le da tiempo a pensar, incluso nosotras, gracias a la tecnología, cada vez más, el tiempo que tardamos es más importante que lo que significamos. Desgraciadamente hay otro mensaje igual al nuestro, pero al que anteceden las palabras: PAREJA DE VIGILANTES, que siempre sale con ventaja, por lo que suele llegar antes; de la misma manera, pero con un texto distinto, sale con igual o más antelación, un mensaje precedido de: ATENCIÓN SEÑORES VIAJEROS ATENCIÓN.

Por tanto, somos los últimos en salir.

Ya en el camino, nos cruzamos con cientos de mensajes y palabras, por lo que tenemos que ir muy unidos para no separarnos o que alguna letra de otra palabra se una a nosotros. A veces una letra o una palabra se pierden y no las podemos encontrar, por lo que cuando llegamos parece que no tenemos sentido.

Parece ser que hay un atasco y tenemos que disminuir la velocidad, creemos que es debido a una inundación en el camino provocada por una gotera, ya que son frecuentes en el Metro. Cuando pasamos, paramos un poco para firmar unas hojas de solidaridad con la Ñ, ya que debido a la tecnología corre peligro de desaparición, de hecho en los teleindicadores de las estaciones ya no está, sin embargo tenemos que salir por pies porque empiezan a llamar esquirolas a las N de nuestro mensaje. Teniendo en cuenta que a medida que el número de medios para comunicarse crece, la de las palabras disminuye, no está muy lejos el día que nos despidan a todas, empezando por las minúsculas.

A mitad de camino otro problema: un trozo del mismo ha desaparecido, provocado por la falta de mantenimiento, lo que nos obliga a tomar un desvío, donde nos encontramos una manifestación silenciosa de H, pidiendo ser sonido como cualquier otra. A pesar de la velocidad observamos un signo que no conocemos y que parece perdido, desgraciadamente es irreproducible en esta máquina, luego nos enteramos que es la letra A en árabe, y percibimos que ésta la mira con odio y recelo, sin embargo algunos creemos que si Babel nos separó, ahora necesitamos unirnos para defendernos de los ataques de las nuevas tecnologías, que basan su estrategia en el eslogan: «una imagen vale más que mil palabras». Sívase como ejemplo, las estaciones de Metro: cada vez hay más cámaras de videovigilancia, que transmiten imágenes, o sea, prima el control sobre la comunicación, de hecho en los cruces del camino han colocado guardias (privados, por supuesto) que nos hacen parar para que pasen las imágenes, y si te despistas te atropellan, como ha pasado hoy, que se han llevado por delante a la B y la hemos perdido.

A lo lejos vemos una luz que parece el final del túnel, pero antes observamos a nuestra izquierda un montón de palabras muertas, como en un cementerio, son las que formaron parte de aquellos mensajes que nadie oyó, la verdad es que sentimos una mezcla de miedo y respeto hacia ellas. Por fin salimos por el altavoz, pero ¡oh mierda!, hoy definitivamente no es nuestro día al mismo tiempo está sonando, a todo volumen, un mensaje publicitario por el C.M.M., así nadie nos oye. Por tanto tenemos que repetir el viaje, que también resulta infructuoso, porque aunque no hemos tenido percances resulta que se acabaron las pilas y la salida no se abrió.

Nos vemos obligados a utilizar el sistema alternativo, en el que necesitamos la ayuda de cinco números para identificar el destino, pero es un viaje mucho más agradable sin saltos al vacío y con la casi seguridad de ser escuchados, para poder recorrer el laberinto encefálico. Pero antes de desaparecer en el éter y pasar a ser un recuerdo, aun tendremos tiempo de ver mensaje de retorno: VALE, AHORA BAJO.

Año 2004



Primer premio

Autora: Alicia Villondo-Botana

La abuela María

Era sorda, menuda, bajita. Había nacido de india mocoví y emigrante palentino. Venía de Rosario, en una provincia argentina con forma de bota militar. Quizá por eso era tan religiosa y rezaba en una musitación apenas perceptible, como si su dios le hablara en solitario; recibía los colores, las tempestades y los gestos humanos en su sepulcro de silencio. En si misma, era como un murmullo de música lejana, una nube transportada por un vientecillo tenue, y vivía con humildad de gorrión enjaulado. No tenía vicios: solo esa persistencia en la oración. La niña la miraba curiosa.

¿Por qué está tan sofá?, ¿por qué no sonrío?, ¿por qué me trata de usted? inquiría la niña.

Hacés muchas preguntas contestaba su padre, mientras recogía las hebras encanecidas que se le escapaban a la anciana de su larga trenza.

La niña era la más blanca de los tres: por herencia materna, mescolanza de español, italiano y belga.

Tenía una cabeza de rizos y sueños. Parloteaba con su muñeca, pero no sabía rezar. Su papá era un morocho elegante, siempre de traje y encorbatado. Tímido y trabajador. Le escaseaban los besos aunque las amaba con diligencia. Formaban un trío corriente para quien los observara. Sentados bajo un ombú, el hijo sacaba libreta y lápiz y la niña escribía: La quiero, pero muchito menos que a mi papá. ¿Está enfadada, que no me habla? En el campo hay carretas y caballos.

Vi casitas que se movían con ruedas.

¡Abue, son coches!

Dicen que aquí se viaja bajo tierra. Truco e' mandinga. Caminaron hasta una boca de subte.

No quiero bajar al infierno, veré al diablo.

La niña le cogió una mano: cuántas arruguitas, pensó.

Subieron al primer vagón y un terror apretó su manita. La abuela oraba con chillidos.

¡Ché, abue, aprenda a vivir en la ciudad!

¡Rojhui! dijo la anciana.

-¿Es el nombre de dios, papi?

-Amor, en guaraní.

La niña le ofreció su muñeca y la anciana entonó una nana. Los escasos pasajeros rodearon al trío, estribillándola.

La anciana sonrió: si cantan, es que el diablo no viaja en subte.



Segundo premio

Autor: Manuel Fernández Suárez

Primer intento

Todo lo que tengo va en la mochila. Muy pronto tendré muchas cosas. Con mi primera paga compraré un móvil.

Ya son las siete y diez. Tengo que coger el «metro» para ir a la estación que me han apuntado. Aquí está el papel: «se pronuncia mendelvario». Esta lengua no la comprendo.

Al bajar, el aire parece venido de otro lugar, huele distinto, como dulzón, es más cálido y hasta parece húmedo. Legazpi, suena a nombre de ciudad importante, a lo mejor el aire viene de allí. No hay nadie atendiendo la taquilla. Está abandonada, no hay duda, dentro hay dos cubos viejos y una escalera.

Enfrente hay dos grandes armarios metálicos con información, ranuras y botones, pero no los entiendo.

Observo que mucha gente lleva un cartón en el bolsillo, lo meten en la máquina, pasan y vuelven a guardárselo. Algunos no usan cartón, apoyan las dos manos en la máquina y pasan por encima, como deportistas. Decido entrar como deportista.

Bajo otras escaleras, están desgastadas y tienen el techo a medio pelar; tiras de pintura cuelgan a los lados, como si fuesen mondas de manzana o de patata. Ya en la estación pregunto a una mujer: ¿mendálvaro? Me mira como si nunca hubiese oído ese nombre o estuviese importunándola. Vuelvo a leer el papel, que ella también mira más extrañada todavía. Le repito:

¿mendealvaro? No me dice nada, extiende el brazo señalando una cabina cercana, donde hay varios empleados leyendo periódicos y otro hablando por teléfono; también hay un soldado.

Les pregunto desde la puerta: ¿mendálvaro? Se miran entre ellos y el soldado sonriendo se acerca mientras dice «este negro se ha colao, seguro» y dirigiéndose a mí, más despacio y con voz más fuerte: «A VER, EL BILLETE».

He repasado lo ocurrido cientos de veces, a solas y con mis amigos y aún no sabemos qué hice mal.

Todavía conservo el papel. Volveré a intentarlo, pero no se sí bajaré al «metro».



Tercer premio

Autora: M^a Sol Gómez Arteaga

Miradas

Era tarde. Tenía sentado frente a mí a un hombre viejo, su abundante barba no lograba disimular la cicatriz del pómulo. Estábamos solos en el vagón de la línea dos. El hombre me miraba. Abrí, al azar, un libro de poemas: «Si yo fuese Dios. .» Levanté la vista y el hombre seguía mirándome, apreté con la mano el respaldo de mi asiento, volví al libro «haría un ser exacto a ti.», levanté la vista y el tipo seguía sin quitarme ojo, me fijé en la banda roja, San Bernardo, Canal..., que había encima de la puerta e intenté concentrarme en el siguiente verso «lo probaría a la mane». . En ese instante se fue la luz, ahogué un grito, me levanté y me sujeté a la barra vertical que tenía a mi lado. Cuando la luz volvió el viejo no se había movido del asiento, pero continuaba mirándome, di unos pasos hasta la puerta, me bajaría en la próxima estación, eso haría, aunque aún faltaban dos más para llegar a mi destino, luego seguiría andando o cogería un taxi, ya vería, el caso era salir de allí. Ya se oía, ya se podía oír el traqueteo del tren al detenerse, la claridad de la nueva estación. Unos instantes y estaría fuera.

Se le ha caído. Y al entregarme mi libro noté el leve contacto de sus dedos. Luego dijo, en un susurro: Dorita, digo hasta siempre a los pájaros que cruzan por tu rostro.

La puerta se abrió. Sólo había una persona en el mundo que podía pronunciar esas palabras. El hombre salió del vagón. La había leído en la carta de despedida que mi padre, al que no conocí, le escribió a mi madre antes de huir al monte, antes de saber de mi existencia. Quise salir del vagón, alcanzarle, pero no podía moverme.

Oiga quise gritar, pero pronuncié estas palabras en un susurro.

La puerta se cerró. Vi al hombre caminar de espaldas y antes de que el tren continuara su marcha inexorable hacia el túnel, lo vi un instante de frente. Pero él ya sólo buscaba la salida.

Cuarto premio

Autor: Ibán Revilla Sánchez

Bajo tierra

Cuando el pleno del ayuntamiento aprobó la nueva ley nadie se extrañó. Nadie se quejó. Nadie votó en su contra.

Todo estaba ya preparado: el metro llegaba a todos los edificios y se eliminaron las bocas del metro. La comodidad era máxima: el ascensor del edificio te llevaba a un pasillo transportador que conducía a la parada del metro. Para llegar al edificio de destino el proceso era justamente el inverso.

Nadie necesitaba salir a la calle. Todos se habían adaptado a esta comodidad de modo que, al aprobarse la ley, no hubo ningún conflicto.

Todos lo vieron como algo inherente al progreso.

La sociedad del bienestar había conseguido que ningún esfuerzo fuese necesario.

Así, se prohibió salir a la calle a los que no vistiesen de etiqueta para mejorar la imagen de la ciudad ante el mundo y los turistas. Los que fuesen de otra forma tendrían que desplazarse en metro, pues era posible acudir al trabajo y a comprar sin problemas. Nadie podría ir mal vestido por la calle.

La vida continuó. Sus habitantes estaban orgullosos de vivir en la ciudad de mayor calidad turística del mundo. De hecho, se le concedió el premio a la ciudad más limpia y vanguardista y otro a la excelencia turística. Los visitantes disfrutaban de las amplias calles casi vacías de gente. Impresionaba ver una ciudad llena de tan distinguidos ciudadanos y donde no se veía pobreza.

En la ciudad nadie comprendió el significado de la nueva ley. Por eso nadie sintió la necesidad de ver la superficie. Nadie pensó en disfrutar de unas calles dedicadas, ahora sí, a las personas que por ellas caminaban. Nadie sintió angustia y por supuesto nadie se sintió esclava de esta ley.

Por eso nadie se atrevió a dejar el metro; salió a la superficie y gritó libertad: no lo soportaba más. Ella era la única que lo podía hacer y así lo hizo. Varias personas la escucharon desde sus lejanas casas, sus corazones crujieron y algo se despertó en su interior.

Se unieron a nadie y así comenzó la gran revolución.

Quinto premio

Autor: Juan C. Alda Guijarro

Vestíbulo de Atocha

24/4/2003

20,40 horas

- ¡Tovarich! ¡ehhhhh!

- ¡Colombo! ¡Qué sorpresa! ¡Cómo me alegra verte!

Después de tanto tiempo... ¿qué tal te va la vida?

- Bien: me casé y tengo un hijo de catorce años, los mismos que yo llevo dando clases en una escuela de idiomas. Cuando terminé la carrera estuve en varios colegios de profesor de inglés, y luego conseguí esta plaza. ¿Y tú?

- Pues, mira: yo trabajo aquí en el Metro. Cuatro años después de aquella época, harto de las broncas de mi padre, me dije: “yo salgo de esta, casa como sea”, y me fui voluntario a hacer la mili en Ferrocarriles.

Las promociones militares eran el comodín en la manga con que la jefatura de Metro, conchabada con los del sable, garantizaba el servicio. Entré de conductor. Al licenciarme, la empresa me renovó el contrato, y compré un piso.

- ¿Estás casado?

- No, no. ¡Qué va! Bueno, ¿qué te parece si subimos a tomar una copa y seguimos hablando?

- Vale, una rápida. Llamaré a Lo1a, le diré que llevo algo más tarde. Sigues tan golfo como siempre.

- No creas: nada es como entonces. Ya tampoco lo soy. Cuando recuerdo los días que pateábamos el centro con una cantera en los bolsillos, me pregunto: “¿qué hemos heredado de aquella lucha?”

- Sólo el recuerdo, supongo.

Pues eso mismo acabó respondiéndome. El tijereo atroz de las zancadas del pasar del tiempo atajó alzados corazones. Sus alas marchitaron, y en su lugar nacieron las aletas con las que se mantienen a flote sobre el fango.

En los mismos bolsillos que ayer llevaban piedras, hoy se aloja la tarjeta del banco que hipotecó los sueños que, tiempo atrás, hacían añicos sus cristales...

- Tu lengua se ha desbocado; no bebas más, cabrón.

Te convendría irte para casa. Toma mi tarjeta; si te apetece ven un domingo a comer a mi casa, así conocerás a mi familia. Llámame antes de concretar.

Me voy, cuídate.

- Haces bien, pues te esperan. A mí no me espera nadie; me quedo aquí sentado con mi whisky y mis recuerdos. Poquito más me queda camarada Colombo.

Quinto premio ex aequo

Autora: Julia Millán Bermejo

El mito de la caverna

Lamento I

No sé qué es lo que hacía allí, pero la vi así, tan brillante. No sé, no lo sé, no sé nada. ¡Yo qué voy a saber! Sólo sé que cuando quise acariciarla y me puse de espaldas al balcón. Las puertas, sí; ahora el pitido; de nuevo las puertas. Su espalda, sí pero de pronto su espalda ya no irradiaba luz. Ya viene de nuevo. Atento, Endi, empieza a frenar. Claro, no era como esta luz blanca mortecina. No Era brillante, suave, como su espalda, tan suave como su espalda. Claro, bueno, la luz vendría de fuera.

Pitido. Puertas. En marcha. Y cuando me puse de espaldas a la ventana todo cambio de pronto. Ella era tan oscura como este túnel. Allá va. Un poco más y... puertas. Y ya sólo la sentía fría, seca. Puertas.

En marcha. Me marché, claro Pensé: ésta tampoco va a ser. No sé, no sé qué me pasa, no sé nada.

Puertas, pitido, puertas. Y afuera las farolas, ¡que desastre! Final de otro túnel. Puertas. Pero así es imposible. Todo pasa bajo estos focos. Los túneles son casi apacibles. Aquí las luces blancas. Puertas.

Arriba las naranjas. Así no va a poder ser. Puertas.

No sé, no sé. Esta oscuridad del túnel tampoco es de verdad. No. Eso lo sé. A esta oscuridad del túnel le falta su luz. Puertas. Pitido. Puertas. Final de línea y vuelta a empezar.

Lamento II

Sigo preguntándome, Endimión, en qué momento acabose el mito, cuándo se atrevieron los hombres a no tenerme más que por astro iluminado y no por la luminosa Selene, que soy; cuándo fue que construyeron bajo tierra tales líneas acotadas; cuándo la cueva en río subterráneo convirtieron y pasaste a ser Caronte, trasladando almas por el Hades en tu barca de vagones. Me ciega la luz de las farolas y apenas si atisbo tu fi gura cuando vagas por la noche entre las calles.

Año 2005



Primer premio

Autor: José Ignacio Cabañas Magán

Escenas matritenses

Desde luego no había sido una idea brillante bajar al metro a aquellas horas, pero ya no había marcha atrás. Colaboraba desde hacía un par de meses en un periódico gratuito y, aunque el suelo era risible, confiaba en que le abriría las puertas a trabajos de mayor entidad.

Cógete a tres viajeros en el metro –le pidió el de local- y les preguntas por las ampliaciones que han hecho los P.P. Es mejor que parezcan contentos.

Sin embargo, él odiaba las aglomeraciones, de hecho nunca viajaba en metro, y más las producidas cuando individuos de diferentes cataduras detectan las entrevistas y merodean, entre exaltados y curiosos, alrededor de entrevistador y entrevistado; conscientes de la efímera gloria que significa salir “retratado en los papeles”.

Este recelo le determinó a eludir las horas punta de ida y vuelta de trabajos y compras y a escoger una hora en la que escasos noctámbulos se retiraban a sus hogares, o adónde fuera. Pero la hora había resultado demasiado intempestiva, en aquella estación no entraba ni dios. A duras penas había logrado las confusas y atropelladas respuestas de cinco personas, a las que fotografió también con su cámara digital, aunque sabía de sobra que sólo dos de ellas eran aprovechables. El momento de aparecer con el trabajo en la redacción se echaba encima y necesitaba una última entrevista.

En su desesperación, prácticamente se abalanzó sobre aquel hombre que apareció caminando velozmente. Notó un chispazo de duda temerosa en el cruce fugaz de sus miradas.

Oiga, señor, un momento.

No, no me interesa -dijo el otro apretando el paso.

Es para una entrevista, para el periódico.

¡Déjeme en paz!, gruñó el tipo andando aún más deprisa.

¡Si es sólo un momento, para el periódico de mañana! Gritó viendo que doblaba la esquina del pasillo lanzando furtivos vistazos a su alrededor.

Su breve carrera para alcanzarle se frenó bruscamente frente al individuo de marras, que le esperaba en el recodo con expresión feroz y una navaja no menos amenazante:

-A ver, gilipollas, vacíate los bolsillos.



Segundo premio

Autor: Antonio Lleras Sánchez

Puente de Vallecas

La circulación en el andén contrario está cortada.

Un operario, que ha bajado urgentemente a la vía, golpea con su pequeña maza la sujeción de uno de los carriles. Mientras espero a que llegue mi tren, el sonido metálico que se produce en la estación comienza a inquietarme, y mis manos se congelan a la misma velocidad con la que se reproducen los golpes. Han pasado más de sesenta años, pero ese era exactamente el ruido que mi madre hacía con el cazo en el fondo de la cacerola, cuando aquel invierno de 1937 nos servía la misma sopa. Ese ruido con el que recogía hasta las últimas gotas era como una señal que inconscientemente ordenaba acelerar nuestras respiraciones. Con él nos dábamos cuenta de que la noche comenzaba. Pese a que ella nos miraba con mucha calma a Andrés y a mí, su mirada transparente la delataba. Tenía el mismo pánico que también a nosotros nos invadía. Los tres sabíamos que llegaban las horas en las que las sirenas probablemente volviesen a sonar, como en noches anteriores, y quizá nos tocase de nuevo salir a la carrera de casa, bajar deprisa por las escaleras y enfilarse arriba hacia nuestra madriguera, la estación de Puente de Vallecas, que en esos días se usaba como refugio.

Una vez allí, nos echaríamos sobre alguno de los colchones del suelo, y observaríamos curiosos si nos encontrábamos con las mismas caras que las de la noche anterior. En el exterior, un

Junkers comenzaría a sobrevolar Vallecas, y, en aquel momento, Andrés y yo nos esconderíamos asustados en el regazo de nuestra madre. Entonces ella nos abrazaría muy fuerte, como si al hacerlo desafiase a aquellos dragones que con tanto estruendo comenzaban a escupir fuego sobre nuestro barrio, como si tuviese el convencimiento de que no existiría bomba alguna capaz de separarla de nosotros.

El ruido de los golpes sobre el carril es absorbido por un rugido mayor que hace desvanecer mis recuerdos. El dragón al que esperaba enseña sus ojos al final del túnel.



Tercer premio

Autor: Domingo López Humanes

Bird

El músico de jazz, apostado en el andén de siempre, sopló su abollada trompeta y de ella salió un globo amarillo que enseguida se puso, como bailando, a flotar sobre las vías. La mayoría de los que esperaban el convoy de metro, contrariados, fingieron no darse cuenta. El resto tenía la vista fija mirando la nada o se parapetaban tras un libro o tras los desastres del mundo en la prensa. Solo él, vago responsable de su mágica aparición, lo contempló admirado. Y sonriendo, alzó los hombros y se llevó de nuevo la boquilla a los labios. Tocó de nuevo el comienzo del tema y esta vez apareció una blanquísima paloma que, atónito, vino alejarse volando, buscando rauda la salida.

Perplejo, se rascó la cabeza y con vaga curiosidad echó un vistazo dentro de la boca del instrumento.

Es un día raro y encima no he conseguido ni una sola moneda, se dijo. Vio la gente pasar presurosa y resabiada a su lado, ignorándolo minuciosamente.

Sabía que, entre el fragor de los trenes, el bullicio y la indiferencia más absoluta, sus notas apenas eran audibles y pensó emocionado que quizá por ello su trompeta, tal vez dolida, había decidido por su cuenta llamar de esa forma la atención. La miró con gratitud y cariño. En ese momento, una nueva manada de gente subía a empujones, pastoreados por la prisa, a un vagón que tras chirriar sus frenos se había detenido momentáneamente exhausto. Y fue entonces cuando de pronto empezó a reírse bajito para terminar haciéndolo a carcajadas ante la alarma de una señora biempensante y mofletuda, y fue también entonces cuando le dio una patada al platillo en el suelo y comenzó a andar mientras tocaba gozosamente su canción sin parar y subía las escaleras y el sol del parque ya le acariciaba la cara y llenaba la mañana de primavera, perseguido por los ladridos jubilosos de los perros y la fascinación de los niños, de iridiscentes, hermosas y enormes pompas de jabón...

Cuarto premio

Autor: Jorge Carrasco

**(Parque Maikovski)
El soneto**

Entró al metro de Santiago. Se sentiría feliz y comunicativo. Había escrito unos versos que reconciliaban con el mundo. Abrió la mochila. No sabía que en una capital europea la policía, a esa misma hora, mataba a un sudamericano por ser diferente y por largarse a correr en una reacción instintiva. Sacó el papel y leyó con satisfacción:

Peor ataque no hay, mayor violencia
que no tender la mano a quien pide,
ni peor paz que la de quien decide
no dar al pobre un palo de insurgencia.
Fácil es admirar el arte y la ciencia.
Respetar las leyes con que se miden
los actos y las rectas de un Euclides.
El pobre sólo estudia su indigencia.
De piojos, sarnas, hambres sólo sabe.
Y su pie de espinas y cortaderas.
La ley es remedio de un mal extraño.
Pan, himno démosle, refugio y llave
para abrir el mundo y sus canteras.
Y ley para guardarse del engaño.

Frente a la ventanilla de los boletos, extrajo el poema. Le había sacado varias fotocopias. Extrajo también el engrudo para pegar los papeles. La gente pasaba seria y temerosa, sin mirarlo. El muchacho hacía su trabajo silbado. Cuando terminó de pegar el cuarto papel, una bala policial le atravesó la espalda.

Un obrero, llamado Nemesio, que volvía del trabajo cogió al descuido la mochila. En casa dijo a su mujer:

- Han matado a quien escribió esto.

La mujer leyó el soneto: - Era de los nuestros.

Esa noche pegaron el poema en toda la ciudad. Al día siguiente los hombres, otrora temerosos, leyeron el mensaje con esperanza y resolución. La rebelión se extendió por todo el país. El dictador huyó en calzoncillos con destino desconocido cuando un grupo de hombres y mujeres, entre los cuales iban Nemesio y su mujer penetró la puerta principal de La Moneda.

Al ver el helicóptero que llevaba al dictador, Nemesio le dijo a su mujer:

- Abriremos el mundo y sus canteras.

Ella le contestó:

- Y haremos leyes que nos protegerán del engaño.



Quinto premio

Autora: Elena Barranco García

Puerta del Ángel

Suena el despertador. Como cada mañana, lo apago de un golpe y consigo levantarme sin remolonear.

Me ducho, me visto, desayuno, recojo mis cosas y salgo de casa.

La calle está desierta. No hay coches por la calzada, nadie camina por la acera. Miro el reloj, por si me he levantado demasiado pronto. Pero no, es la hora en la que cada mañana camino hasta la boca de metro.

Bajo las escaleras y paso los tornos. En la taquilla no hay nadie y tampoco a mi alrededor. Empiezo a asustarme.

Atravieso un pasillo tan solitario que mis pasos resuenan en el silencio absoluto que me rodea.

No hay nadie esperando el tren. No hay imágenes en las pantallas, ni anuncios por megafonía. Se apodera de mí una extraña sensación de soledad.

Comienzo a oír el ruido atronador del tren acercándose. Me tranquilizo pensando que en cuanto suba, por primera vez en mi vida me alegraré de sentir tanta gente rodeándome.

Pero el tren para y al abrir sus puertas descubro que soy la única viajera en ese vagón. Me asusto tanto que ni siquiera me siento. Me cambio de vagón y el escenario se repite.

Pienso que, al menos, tiene que haber una persona más: el conductor. En la siguiente parada, bajo y me asomo a la cabina. No hay nadie. Empiezo a temblar.

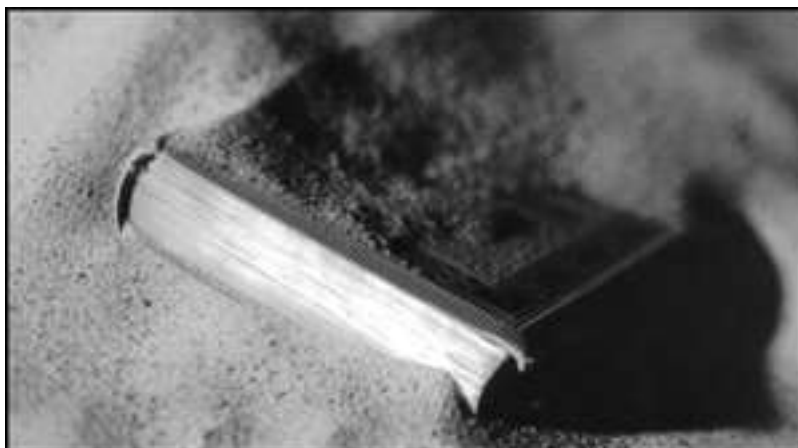
El tren cierra sus puertas y se va. Me quedo en el andén. Me tiemblan tanto las piernas que me tengo que sentar.

Oigo el eco de unos pasos. Me levanto como un resorte y justo en ese momento aparece una figura al final del andén. Camina hacia donde estoy. Es un hombre alto, guapo, elegante. Se para delante de mí y dice: "Sólo quedamos nosotros".

Intento descubrir a qué se refiere con esas palabras, si él entiende qué está pasando. Sólo dice: "No tengas miedo".

En mi mente aparece una idea nítidamente, pero me da miedo materializarla en palabras: "¿Quieres decir que somos los últimos?". "O los primeros", responde él, con una sonrisa en los ojos.

Año 2006



Primer premio

Autor: Ernesto Ortega

Vidas paralelas

Las vidas de Luisa y Luís corren paralelas a las vías del tren. Por esas extrañas coincidencias que tiene la vida, se encuentran todos los días, a la misma hora, en la misma estación.

Luisa llega antes y espera impaciente a que Luís aparezca en el andén. Busca, entre los rostros anónimos que van llenando la estación de rictus y gestos, ese bigote tan característico, a lo Clark Gable, que le hace diferente a los demás, y en su cara se forma la primera sonrisa del día.

Luís prefiere atrincherarse en su traje gris y localizar las gafas de Luisa en el andén. Detrás de esas gafas, Luís ve el mundo de otro color que no es el color de los papeles de la oficina, ni el de las paredes de su casa.

A veces intentan entrar a la vez en el vagón y sus vidas se cruzan. Luís, con educación, se aparta para dejarla pasar y Luisa le da las gracias. Se sientan uno enfrente del otro. Luís, escondido detrás del periódico, la mira por encima de las páginas. Luisa, más soñadora, se aventura en una novela rosa e imagina citas románticas y paseos silvestres de su mano.

Fue que Luisa decidió cambiar sus gafas por una lentillas y gastarse el sueldo de un mes en las rebajas y Luís se puso peluquín y se afeitó el bigote. Fue que ella se llenó de colorete y se soltó la melena y él se deshizo de su traje gris. Fue que de un día para otro los dos decidieron tomar la iniciativa y saltar de las páginas de los libros y de los periódicos a las vías del tren.

Hoy Luisa le ha buscado por la estación y Luís se ha recorrido todo el andén intentando encontrarla. Han entrado prácticamente a la vez en el vagón, se han sentado muy cerca el uno del otro y se han mirado decepcionados. Ella ha continuado con su novela y él ha vuelto a su periódico, y sus vidas han seguido paralelas a las vías del tren.



Segundo premio

Autor: Raúl Castander Guzmán

Grito aprisionado

Y entonces la vi, mi corazón dio un vuelco, ella también me vio, nuestras miradas se cruzaron. Yo vi la desilusión en su cara, ella debió ver el desconcierto en la mía. Semanas separados y ahora por culpa de unos pocos y valiosos minutos, ella se desvanecía. Después de todo lo que pasó, por fin íbamos a aclararlo todo, le tenía tantas cosas que decir, pero era imposible, me retenían, mis brazos estaban aprisionados, luché por zafarme, no hubo forma, la presión era muy fuerte.

Noté como miradas de reprobación y desconfianza se clavaban en mí provocadas por mi forcejeo. Intenté hablarle, mis manos quisieron gritarle, pero todo estaba en contra. Línea 1 de metro, hora punta, con retraso, el vagón atestado de gente. Ya había pasado antes por otras situaciones de incomunicación, de frustración por falta de entendimiento, pero era la primera vez que sentía que me amordazaban la voz.

Nuestros vagones reanudaron la marcha en direcciones contrarias. Espero que aunque ella no pudo leer mis manos, al menos leyera en mis ojos que la quiero y la seguiré buscando. Nunca como hasta ese momento me dolió tanto el haber nacido sordomudo.



Tercer premio

Autora: Sara Mulas

¿Un periódico cualquiera?

Cientos de personas se agolpaban en el andén de la estación del metro. Dentro de uno de los vagones, un periódico pasaba de mano en mano entre todos los viajeros.

El primero en abrirlo esa mañana fue un hombre que trabajaba en un banco, como era habitual, se dispuso a observar la información de la Bolsa, –En fin, lo mismo de siempre-dijo para sí mientras depositaba el diario en un asiento y se apeaba del tren. Una maestra lo recogió y leyó minuciosamente la derogación de la nueva reforma que se pretendía implantar y que tanto hubiese afectado a su puesto.

Y así, parada tras parada, cada persona que hallaba el susodicho periódico encontraba su noticia, aquella noticia que corroboraba la quietud y el perfecto orden en que basaban sus existencias. En ese periódico no tenían cabida los problemas ajenos, era como si hubiera sido cuidadosamente diseñado por y para el sujeto que habría de sostenerlo en sus manos.

Al final del día, el diario se encontraba abandonado detrás de uno de los asientos; un joven que volvía del trabajo lo asió entre sus manos y comenzó a ojearlo.

Apenas hubo transcurrido un minuto cuando, inquieto, comenzó a mirar a sus compañeros de vagón como si de una broma se tratara. Durante las tres estaciones siguientes repitió la misma acción: abría el diario y pasaba sus hojas una por una con mayor celeridad que la vez anterior. Mientras, su cara iba palideciendo y su expresión se tornaba frágil. Se levantó y con el diario entreabierto se dirigió a uno de los pasajeros:

- Por favor, ¿podría decirme qué ve?
- Se esperan precipitaciones en los próximos días-respondió el aludido.

No satisfecho, realizó la misma pregunta a dos mujeres, que concluyeron que la esperanza de vida había subido en los últimos diez años. Inquirió finalmente al resto de ocupantes que comenzaron a pensar que estaba loco. Abatido, decidió bajarse del tren pero no sin antes advertir:

- ¿Es que no son conscientes de que el periódico está en blanco? ¡En BLANCO!

Cuarto premio

Autora: Nuria C. Botey

Suburbano

El viejo que subió al vagón en último lugar parecía escapado de una tormenta, pues iba sembrando el pasillo de huellas mojadas, mientras su pelo blanco y húmedo salpicaba de goterones oscuros su ajada chaqueta verde. Isabelita rezó para que su madre ignorase las pegatinas que recomiendan ceder el sitio a los ancianos.

Afortunadamente, mamá estaba absorta leyendo una revista, así que ella pudo seguir balanceando los pies en el aire desde su asiento. En cambio, el viejo apenas tenía fuerzas para despegar los suyos del suelo, e Isabelita se preguntó qué habría hecho a primera hora de la mañana –cuando el metro va lleno hasta los topes, y los niños deben quitarse la mochila para no molestar–, pues arrastraba uno detrás de otro como un muñeco de cuerda, o un preso con grilletes.

¿Por eso le ignoraban los demás pasajeros? La chica que hurgaba en su mochila, o el gordo que volvía deprisa las hojas del periódico, y eso que estuvo a punto de rozarles con sus codos mojados... Entonces sucedió algo curioso.

El viejo enfilaba el tramo de asientos que precede a la puerta de comunicación entre vagones –Isabelita se preguntaba dónde iría, si allí tampoco quedaban sitios libres–, cuando un tipo que dormía con la boca entreabierta estiró las piernas. La niña pestañeó un par de veces antes de volverse hacia su madre.

– ¡Mamá, mira ese hombre! – susurró señalando al anciano, cuyo cuerpo traspasaba entonces los zapatos del durmiente.

– ¿Quién, hija? Si ahí no hay nadie...

Isabelita guardó silencio. ¿Acaso su madre no veía al viejo? Entonces, tampoco tenía sentido contarle que ahora estaba a punto de atravesar la puerta sin abrirla. ¿Para qué, si siempre se reía del monstruo del armario y de los duendes del sótano?

– ¿Me das un chicle, mamá?

– Sólo si dejas de inventar historias para llamar la atención, ¿vale?

Isabelita asintió, sonriendo ante el sutil reguero de agua que recorría el vagón. Porque quizá no le llegasen los pies al suelo, pero ya había crecido bastante para saber que los mayores no siempre tienen la razón.



Quinto premio

Autor: Crescencio Carretero

El abuelo Eusebio

Lo halló en un recoveco recubierto de harapos al fondo del desván, tras la muerte del padre; pero al adivinar el contenido, palideció de pronto.

¿Podría ser aquello realmente un diario?

¡Y cartas de su abuelo! ¡Ese abuelo al que no conoció, y del que estaba prohibido hablar en casa!

También había un pequeño recorte de periódico, fotografía incluida. Y una inscripción a mano ¿de la abuela?, que señalaba con una flecha: Eusebio.

Casi, casi se le deshace entre los dedos, enmohecido y frágil; gastado por los años. En el daguerrotipo se adivinaban carteles libertarios pegados en los muros; y personas durmiendo en los andenes, como sucedía entonces.

Su abuelo, una figura tomada a contraluz ante unas escaleras, no era identificable.

El escrito rezaba: “El Metro de Madrid, ayuda al frente”, y hablaba del control de la gestión de la empresa, realizado por los trabajadores a través de un Comité Obrero que había sido elegido

en asamblea...

Las cartas, preñadas de detalles sobre los transportes colectivizados de Barcelona; de la cogestión en el metro de Madrid y sobre la autogestión obrera en la España leal, hablaban igualmente de optimización de recursos, y ahorro de energía... Pero también de ayuda a los demás. De apoyo mutuo.

Y fueron esas cartas las que le retrataron a su abuelo; su implicación en las luchas obreras, que le llevarían tanto a la cárcel como a aquel Comité del Metropolitano... Su adscripción anarquista. Su solidaridad ilimitada. Su humanidad inmensa...

¿Era acaso por eso que su padre lo odiaba?

Las horas desfilaron hasta el corto crepúsculo acrisolando hechos, e hilvanando misterios.

El diario por otra parte confirmó sus sospechas: su padre, muerto en plena miseria, había sido delator, torturador, cancerbero y verdugo.

Y terminó llorando, agradecida a aquel pequeño hallazgo sepultado entre la ajada decrepitud de las viejas camisas azules desteñidas, ataviadas ayer con flechas y con yugos. Su abuelo, ese "abuelo maldito" del que jamás llegaría a conocer el rostro, habíala colmado de orgullo y sentimiento.

¿Llegaría a arrepentirse alguna vez su padre de haber sido el responsable de su fusilamiento?

Año 2007

Primer premio

Autor: Raúl Castander Guzmán

Tap, tap, tap, tap

Ya hace casi seis meses y empiezo a cansarme.

Cuando mamá se empeñó en que tenía que aprender guitarra no pensé que me fuera a doler más el pie que la mano. Qué manía tiene el profe de que marquemos el ritmo, y de que lo mejor es que aprovechemos cualquier momento, como ahora, sentado en el vagón del metro, en las diez estaciones que recorro cada mañana a la ida, y cada tarde a la vuelta, mientras papá dormita sentado a mi lado.

Antes se quejaba del ruido que meto y lo pesadito que me pongo con el piecico, ni se queja ya de lo lejos que está el colegio, pero, al igual que yo con la guitarra, él tampoco se atrevió a contradecir a mamá. La verdad es que al principio era lento, despacito, pero con la práctica cada vez voy más deprisa. Mis pies se mueven como locos, siempre en el mismo sitio, en el mismo tornillo del suelo del vagón. Tap-Tap-Tap-Tap. Aunque desde hace unos días suena distinto, más bien clonc-clonc, y hoy en concreto suena más metálico, clic-clic. Me recuerda a los platos de la batería de Carlitos, qué envidia, él puede aporrear sin parar en clase. Me gusta más este sonido, más deprisa, más deprisa, clic-clic-clic-clic. Browmmmmmmmm.

Todo se llena de humo, el vagón se para en seco.

Me agarro a papá para no rodar. Se abre el vagón y salimos corriendo.

Después en casa me entero por papá de que se ha caído el motor del vagón por la rotura de un tornillo y de que hemos tenido suerte porque siempre vamos sentados justo encima. No duermo en toda la noche pensando: "Seguro que ese tornillo es el que me sirve de batería, me acusarán de que he sido yo el que ha destrozado el metro."

A la mañana siguiente, con el miedo en el cuerpo busco en el periódico gratuito de papá y una sonrisa se dibuja en mi cara, ya saben quien ha sido el culpable y no aparece mi nombre, sino el de un tal "Sabotaje".



Segundo premio

Autora: M^a Sol Gómez Arteaga

El otro

Nunca me tomé en serio la teoría de que todos tenemos un doble en algún lugar del mundo con el que jamás nos tropezaremos hasta que vi a la mujer del metro. Nada más entrar en el vagón noté que sus ojos me escrutaban y aunque intenté distraer mi atención con mil detalles de alrededor, no pude evitar sentirme cada vez más incómodo, pues ella seguía allí, sentada, mirándome con una intensidad fuera de lo común. Al llegar a la estación de Sol se levantó del asiento y pensé, aliviado, que abandonaría el vagón junto con el tropel de gente que en ese momento se disponía a salir. En cambio, se puso a mi lado y me dijo: “Perdone que le moleste, pero se parece usted tanto a mi marido muerto... Una mañana salió de casa y no regresó más. Un coche le partió en dos.”

Le iba a replicar, a decir que a mí qué me contaba, cuando metió la mano en el bolso de su abrigo y me mostró su foto. El corazón me empezó a latir con violencia. Era clavado a mí, o yo a él. Ambos éramos como dos gotas de agua. No me había sobrepuesto de esa primera impresión cuando la mujer me susurró al oído: “¿Puedo besarle? Ese día estaba dormida cuando él se fue y no pude despedirme. En cambio, ahora...” Asentí. Y el tiempo que duró el roce de sus labios sobre los míos sentí una honda ternura por esa mujer destrozada. “¡Gracias!”, dijo. Luego la puerta del

vagón se abrió y la mujer se fue. La seguí con la mirada hasta perderla de vista. Y aunque nunca más la he vuelto a ver, siempre que entro en un vagón busco entre la multitud su mirada, como quien busca en el lugar que un día abandonó la mirada de reconocimiento de un familiar demasiado cercano.

Tercer premio

Autor: Elia González Reina

La locura es exceso de cordura (Conversaciones con mi mente)

Mente: Vaya día, ¿eh?

Ana: Pues sí, la verdad es que ha sido completito... ¡Ahora, calla!

(Ana se ríe con sus compañeras simulando escucharlas mientras discute con su mente)

Mente: Vete preparando, que en cuando salgan ellas me pongo a trabajar...

Ana: ¡Ni se te ocurra! Ya sabes que ahora me gusta relajarme y leer.

(Ana se queda sola en el metro, la última de sus compañeras ha bajado apenas un minuto antes.

Saca su libro del bolso mientras sorteando algunos cuerpos para sentarse. Las palabras se leen solas, pues su mente no llega a realizar ningún proceso al estar enfrascada en otros pensamientos.) Mente: Empecemos desde el principio...

Ana: ¡Ahora no, por favor!

Mente: ¡Ah! Está interesante este libro, ¿verdad? Estoy empezando a darle vueltas en un hueco que me queda en la parte baja del lóbulo occipital derecho a eso del cuerpo que dice Foucault.

Ana: ¡Calla! ¿No te das cuenta que nos está mirando todo el mundo?

Mente: Me di cuenta, pero no es por mí, es porque vas cargadísima, con unos pelos de loca... Y, ya lo decía tu abuela: ¿esos pins que llevas en la cara, para qué son? Además, vas acalorada y aunque en la página de tu libro ponga "EL CUERPO DE LOS CONDENADOS", parece que vas leyendo un librito "guarrillo" por el color de tus mejillas.

¿Cómo quieres que no te miren? Lo raro es que no lo hicieran.

Ana: No te pases ni un pelo. Me miran porque no saben que vas dándome la lata y seguro que se me está escapando algún ruidito.

Mente: ¡Qué desagradable resultas a veces! Yo solo pretendo agilizarte el trabajo...

Ana: Hay ocasiones en las que te ahogaría...

Mente: ¡Ja! ¡Qué chistosa eres! ¿no te da vergüenza hablar así de tu mente?

-Voz en off: "Próxima estación: Legazpi.

Estación en curva, al bajar tengan cuidado para no introducir el pie entre coche y andén.



Cuarto premio

Autor: Rafael González López

Un minuto

En el espacio de un minuto, cientos de historias viajan. Esperando en el andén, donde notas lejanas de guitarra les arrullan abrazadas al murmullo de escaleras mecánicas. Sus ojos atentos a la oscuridad, hipnotizados por el resplandor que predice un convoy.

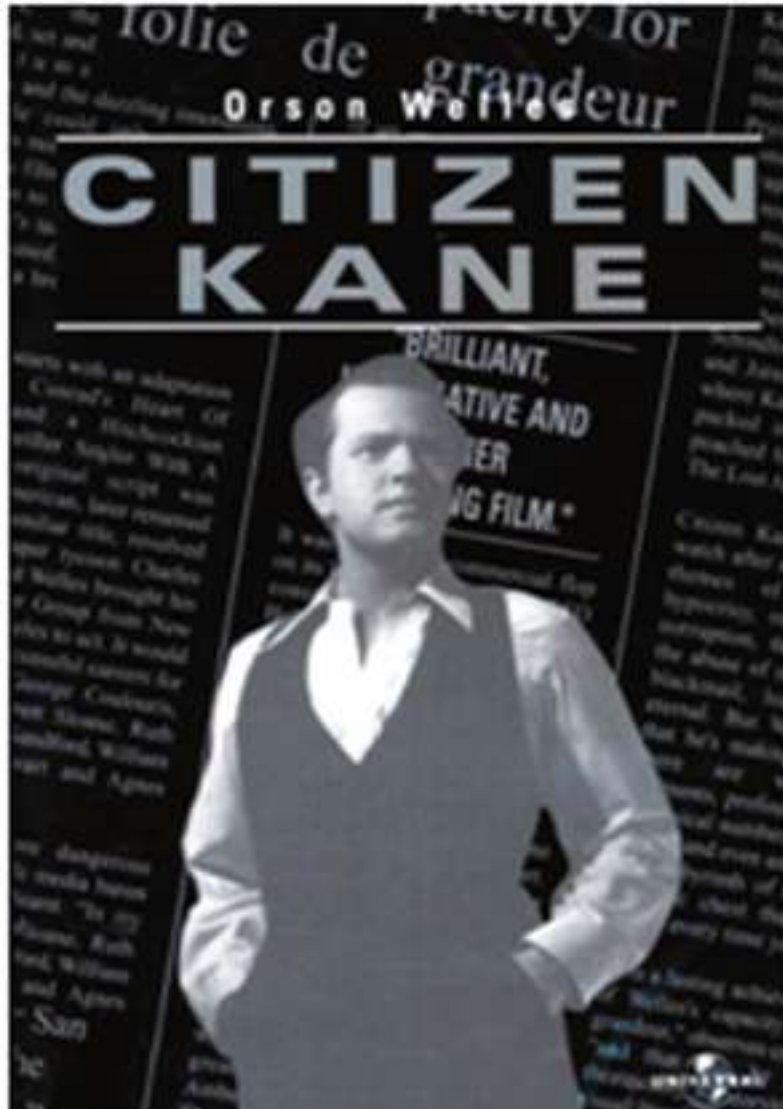
Un bramido mecánico. Rostros que desfilan fugaces.

Chirriar de frenos. Miradas cruzadas a través de las ventanas. La prisa es ley, y el silbato apremia a quienes salen o entran.

El trayecto continúa. Estudiantes imberbes se ríen con picardías infantiles, compartiendo risas de complicidad frente a una pareja adolescente en pleno arrebatado de pasión. Trabajadores somnolientos intercambian frases en una lengua que no es la suya, junto a futuros jubilados impacientes por alcanzar el retiro. Una mujer desgrana con melancolía instantáneas llegadas de lejos, recorriendo la infancia del hijo que no ha visto crecer. Todos, vecinos improvisados. Hoy comparten la lectura del diario, el pasaje de un best-seller o una fugaz cabezada. Mañana, Dios dirá...

La máquina se agita. Sacude a sus ocupantes aproximarse al siguiente hito en el camino, y renace la excitación. Los asientos cambian de dueño al instante y los espacios se estrechan, nervios agolpados frente a la puerta. De nuevo, prisas y carreras acompañan al silbato.

En el espacio de un minuto, cientos de sueños viajan.



Quinto premio

Autora: María Velasco González

Transporte público versus amor

Sucedía en una película en blanco y negro. El protagonista se llamaba Charles, aunque como todo hombre importante era más conocido por sus apellidos: Foster Kane. Ciudadano Kane, multimillonario, magnate de prensa, tenía tachones en su vida privada, codicia, reloj de bolsillo y el grosor de la opulencia. Pese a toda aquella vajilla expresionista, pude entender que algo latía bajo la camisa del empresario, cuando en una escena en un vagón de metro se enamoraba de una desconocida.

Los hombres importantes casi nunca viajan en metro, no. Pero Foster Kane se enamoró en un vagón de tren, y aunque tenía fincas, coches de lujo y entradas para la ópera, no hizo proposición

alguna a la extraña pasajera y dejó correr las estaciones, una tras otra, con una erección incontenible bajo el pantalón, hasta que ella se fue y se perdió para siempre en el andén.

Todo aquello era ficción cinematográfica, es imposible enamorarse en la premura del transporte público. ¿Enamorarse? No. ¿Qué hago yo en el metro? A veces clavo la cara contra la ventanilla y trato de adivinar la fisonomía de alguna estación fantasma. Las estaciones abandonadas tienen siempre ese rictus misterioso, como los pueblos ahogados en pantanos, de lo que fue habitado, vívido y gastado y ya sólo sirve como alimento a las arañas. También en el metro, robo. No soy carterista, sólo ladrón de títulos. Cuando veo alguien leyendo a mi lado, no puedo resistir la tentación: "Cien años de soledad", un best-seller, "El código Da Vinci", novela rosa, el orgasmo de un ama de casa, notas del traductor, quinta edición...

Al menos yo nunca me he enamorado en el metro.

He sentido alguna vez ganas de meter las manos bajo las faldas de una extraña, nada más. Y pienso que Charles... Perdón, Foster Kane, no se enamoró aquel día de una mujer. Como hombre importante, siempre nombrado por sus apellidos; con chofer propio, avión privado, Kane no se enamoró de una persona, sino del olor a vida, trabajo y desodorante, de los vagones; la consoladora vibración de los asientos y el rugido animal del metro.

